

DESPUÉS DE ROMA

Transformaciones del mundo mediterráneo antiguo

El impresionante tamaño físico de una obra sobre historia refleja la enormidad del problema, a veces la demanda de una nueva visión general, pero a menudo la simple majestad de lo narrado. Sea cual sea la causa, la escritura de obras de historia ha vuelto a contemplar recientemente una tendencia discernible a lo grande. Entre estos recientes esfuerzos épicos se encuentran tres monumentales estudios generales sobre la historia premoderna en el mundo mediterráneo. Los autores de estos estudios panorámicos se han centrado, sobre todo, en las grandes fuerzas que modelan su historia y en las metatransformaciones de los mundos antiguo y postantiguo de los que el Mediterráneo formaba parte. Todos están escritos por especialistas de habla inglesa que trabajan en universidades de elite. Aun así, hay pocas pruebas de que los escritores de estos grandes libros se influyesen directamente entre sí, o de que conociesen los megaproyectos de los demás mientras escribían¹. La convergencia del interés histórico parece ser, por el contrario, de tipo más fortuito y significativo.

También es manifiesto que estas nuevas interpretaciones de la historia mediterránea están modeladas por los intereses peculiares de los autores respectivos. En consecuencia, reflejan tres perspectivas diferentes sobre un problema común. El primero de los tres, *The Corrupting Sea*, escrito por Peregrine Horden y Nicholas Purcell, publicado en el cambio de milenio, revela una innovadora ecología histórica del mundo mediterráneo. Las investigaciones de estos historiadores sobre el núcleo mediterráneo y sus transformaciones resaltan la capacidad creativa de una ecología humana fragmentada, dividida con intensidad y diferencia. En este mundo marítimo, evoluciones diminutas –pero generalizadas en sus efectos acu-

¹ Peregrine Horden y Nicholas Purcell, *The Corrupting Sea. A Study of Mediterranean History*, Oxford, 2000; Michael McCormick, *Origins of the European Economy. Communications and Commerce, AD 300-900*, Cambridge, 2001; Chris Wickham, *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400-800*, Oxford y Nueva York, 2005 (en 2006 se publicó una edición de bolsillo). Siendo el último de la serie, aunque no por mucho, Wickham nombra a Horden y Purcell en su bibliografía, pero con indicaciones apresuradas: el nombre de uno de los autores está mal escrito y hay pocas pruebas (todas en el último capítulo) de que ambas obras se utilizaran de hecho.

mulativos— provocaban grandes cambios. El movimiento y la adaptación constantes producían, en sus propias palabras, un caleidoscopio de pequeñas, a veces microscópicas, intensificaciones ascendentes de la producción y el consumo.

Origins of the European Economy de Michael McCormick, un enorme tomo que cubre todo el Mediterráneo y Europa occidental en la gran etapa de transición transcurrida entre los siglos IV y IX d.C., se publicó al año siguiente. La historia de McCormick, por el contrario, llama la atención sobre las grandes continuidades en la aparición de una peculiar economía noroccidental europea; un imponente análisis en el que los grandes conductos de intercambio de mercancías de gran valor, incluidos, de manera fundamental, los cargamentos humanos de esclavos, seguían constituyendo canales del desarrollo económico a gran escala. Si el sistema estatal romano estaba entrando en una marcada crisis a partir del siglo III, los Estados posromanos del califato de Bagdad y la Francia carolingia recentraron las estructuras económicas en los puntos distales de un sistema mediterráneo anterior. Enfáticas imágenes de viscosidad y movimiento constante, de viaje y comercio, penetran también esta historia.

El de publicación más reciente de los tres, y objeto de este artículo, es *Framing the Early Middle Ages* de Chris Wickham, otra obra de escala metahistórica dedicada al mismo problema y a los mismos siglos cubiertos por McCormick. La producción de tres grandes obras históricas, de casi tres mil páginas en total, que abordan el problema del cambio social, económico y político a una escala globalizadora, todas en los primeros años del nuevo milenio, podría ser indicio de algo significativo. ¿Pero de qué?

El legado de Braudel

Todos estos nuevos estudios se sitúan a la gran sombra de la obra maestra de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo y su mundo en la época de Felipe II. La revolucionaria perspectiva evolutiva de Braudel sobre la naturaleza del cambio histórico, publicada originalmente en Francia poco después de la Segunda Guerra Mundial, empezó a tener un sustancial impacto sobre la profesión histórica en inglés tras su traducción a mediados de la década de 1970; un momento crítico para la generación de la que estos historiadores forman parte². Braudel situó conscientemente en primer plano la capacidad formativa de unas enormes fuerzas geomórficas y ecológicas —el propio mar, sus principales vientos y corrientes, las tierras altas de las montañas y las llanuras que lo rodean— como elementos inmensos e impenetrables

² Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1959 (segunda edición, 2 vols., 1966); *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, 2 vols., traducido por Sian Reynolds, Londres, 1972 [ed. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols., Madrid, 1976].

establecidos en una estructura opuesta, como es sabido, a la espuma y la temporalidad de los meros acontecimientos humanos. No es raro, por lo tanto, que las tres investigaciones resalten el impacto duradero del escenario geográfico. También Wickham empieza su obra con un análisis introductorio sobre la interrelación entre la geografía y la política en las tierras que circundan el Mediterráneo, aunque, de manera reveladora, es uno de los capítulos más breves (39 páginas) de este largo libro.

Los escritores de estas nuevas historias no sólo reaccionan ante Braudel, sino también ante otros cambios fundamentales en los paradigmas y los modelos que dificultaron la publicación de libros de historia en las últimas décadas del siglo xx: el ascenso del globalismo ecológico, la búsqueda de nuevos paradigmas en diversas ramas teóricas posmodernas y la desaparición del marxismo clásico, ciertamente en sus modos más «vulgares», como modelo explicativo suficiente. Horden y Purcell, por su parte, abandonan la gran unidad visionaria del Mediterráneo presentada por Braudel para atender a lo que podría considerarse una fragmentada interpretación posmoderna del proceso que define la evolución mediterránea. Cuestionan casi todas las palabras grandiosas de la verdad histórica heredada sobre el tema, desde la necesidad de pensar en categorías establecidas como pueblos y ciudades hasta la existencia real de una gran transformación histórica marcada por todo aquello que pudiera de manera útil u honrada denominarse «Edad Media».

Tomando una senda distinta, McCormick se centra en las fuerzas motrices axiales que alimentaron el movimiento gradual desde la economía europea antigua hasta la economía de los primeros tiempos modernos. Sostiene que sectores altamente rentables como el comercio de esclavos, que estuvieron en la vanguardia de su dinámica, siguieron siendo un elemento importante de los sistemas de intercambio centrados en el Mediterráneo (Wickham, como veremos, disiente). Los argumentos fundamentales de estas dos obras resaltan con insistencia la función de las comunicaciones: el intercambio de mercancías y materiales, los movimientos de las poblaciones migrantes y los fragmentados flujos, crecientes a pesar de las dificultades de conocimiento, innovación e información.

Rutas desde la Antigüedad

La obra maestra de Chris Wickham es completamente distinta de las otras dos. Su genealogía, derivada de la que ahora parece ser una gran tradición casi desaparecida de historia anglo-marxista, tal vez explique por qué se centra en los problemas económicos y políticos que movieron a la anterior generación de historiadores³. Más que las otras dos grandes obras —

³ Por eso, sospecho, a algunos les parece que representa una especie de recuperación de la «historia social y económica»: M. Whitton, «Beyond the Cultural Turn. Economic History Revived?», *Journal of Roman Archaeology* XX (2007), p. 697.

con mucho—, se concentra en los diversos tipos de categorías y conflictos sociales y económicos estructuralmente ordenados que, de Marx a Weber (y más allá) se han situado en el centro de la segunda gran transición: modos de explotación económica, cambios de esclavitud a servidumbre, aparición de los nuevos órdenes urbanos, las clases antagónicas de aristócratas y campesinos⁴. El recurso a la metáfora más laxa del «encuadre» [*framing*], sin embargo, indica la visión menos certera de esta historiografía posmarxista: no hay asomo de fases, linajes históricos, pasos evolutivos, bases y superestructuras, ni nexos integrados de secuencias lineales bien definidas. Se renuncia, de hecho, a las interpretaciones teleológicas de la historia, ya que «son siempre engañosas»⁵. Si al fin Wickham consigue llegar a la circulación y el intercambio, es en un último capítulo que lleva las marcas de una adición tardía y un cambio de idea.

Sean cuales sean las aprehensiones y las dudas que pudieran suscitarse ante las incertidumbres radicales de la nueva historia de Wickham, no cabe duda de la alta calidad de sus conocimientos. En su cuidadoso y prolijo control del detalle microscópico y diverso que entreteje las pruebas arqueológicas y las bibliográficas, el autor carece de igual desde Rostovtzeff. Uno de los mejores análisis sobre el libro concluye: «Todo dicho, *Framing the Early Middle Ages* seguirá siendo uno de los grandes avances de la historiografía», y añade, de manera exuberante, el juicio de que, «desde Gibbon, no se había escrito con tanta energía y complejidad sobre la crisis del Imperio romano»⁶.

La prosa es precisa y controlada, quirúrgicamente eficiente en sus partes individuales, y reúne con cuidado montañas de datos determinados con exactitud para sostener cada afirmación en particular. A veces es también aventuresca. Quizá sobre todo en un momento típico de Edmund Morris, cuando, al carecer de ejemplos históricos, Wickham inventa una ficticia aldea inglesa posromana, a la que llama «Malling»; una aldea que aparece más adelante en el libro, de manera alarmante, casi como si fuera un hecho histórico⁷. Así pues, encontramos también partes no insignificantes del libro que constituyen ejercicios de conjetura controlada, en especial cuando las pruebas son silenciosamente arqueológicas, como en los casos de Dinamarca, Irlanda, Gales e Inglaterra en la época posterior al Im-

⁴ Las mismas categorías, pues, que informaron el estudio general publicado por Perry Anderson a mediados de la década de 1970: *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, 1974 [ed. cast.: *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, Madrid, 1995]; con el volumen de continuación que, notablemente, resaltaba las conexiones con el Estado moderno: *Lineages of the Absolutist State*, Londres, 1974 [ed. cast.: *El Estado absolutista*, Madrid, 1979].

⁵ C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., p. 831.

⁶ Jairus Banaji, «Chris Wickham and the End of Late Antiquity», apéndice 5, *Agrarian Change in Late Antiquity. Gold, Labour and Aristocratic Dominance*, edición revisada, Oxford, 2007, pp. 268 y 260 respectivamente.

⁷ C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., pp. 428-434; véase también, por ejemplo, pp. 540, 542, 572. La misma aldea aparece como entrada regular en el índice analítico. Como libro rico en ficción, véase Edmund Morris, *Dutch. A Memoir of Ronald Reagan*, 1999.

perio romano (buena parte del capítulo sexto, por lo tanto). Estos experimentos mentales conducen a menudo a conclusiones innovadoras y productivas, como, por ejemplo, sobre las razones de la evolución fuertemente divergente que en el siglo v experimentaron Gran Bretaña y el norte de la Galia⁸.

El equilibrio entre pasajes de descripción pura y otros de adivinación erudita llenos de cantidades asombrosas de «podría», «quizá», «tal vez fuese», «habría sido»⁹, sin embargo, está bien conseguido y los riesgos de especulación están más que compensados por las virtudes de la enorme escala de la cobertura. Se ofrece un panorama verdaderamente sensacional. Ha habido quejas respecto a que ha descuidado u omitido una u otra región favorita de un especialista (con más frecuencia, los Balcanes). Pero en su gigantesca visión general realizada en sentido contrario a las agujas del reloj, Wickham incluye análisis detallados del norte de África, Egipto, Siria y Palestina, Grecia y Anatolia, Italia, la Galia y la zona del Rin, península Ibérica, Inglaterra y Gales, Irlanda y Dinamarca. Sean cuales sean las omisiones, ésta es, con mucho, la perspectiva más global que cualquier historiador reciente ha ofrecido sobre el periodo.

Aunque Wickham cuestiona casi todos los truisms básicos que se han aceptado como parte de las soluciones convencionales al problema, no es descuidadamente iconoclasta y tampoco se excede innecesariamente para guardar las apariencias. Cuando los datos no las sostienen, las interpretaciones tradicionales son rechazadas, a veces con brusquedad, pero con plena justicia; aunque sean las que el propio Wickham aceptó en otro tiempo. Advierte contra los «factoides» y las aseveraciones dudosas, y tacha gratamente algunas ideas de «extremistas» y otras de «falsas» o directamente «descabelladas»¹⁰.

Motivos transitorios

Enfrentado a una obra revisionista tan expansiva y finamente detallada, por donde el reseñador debe comenzar es por el final. Porque –y nosotros los lectores le estamos verdaderamente agradecidos– en el último capítulo Wickham define lo que entiende por «encuadre» y ofrece un loablemente breve resumen de cuatro páginas sobre los resultados de las más de 800 páginas anteriores. Por el momento, anuncia, está eludiendo cualquier respuesta cósmica y presenta, por el contrario, su obra como un primer paso: su intención es sólo la de ensayar una compleja serie de *variables* que «encuadren» la cuestión. No obstante, insiste en que hay varios temas generales que definen la época de transición entre 400-800 d.C.

⁸ C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., pp. 331-332.

⁹ Por ejemplo, *ibid.*, pp. 330-333, 540-541.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 83, 96, 133.

Estas similitudes están en su mayoría relacionadas en cierto modo con el hecho simple de que la estructura política del Imperio romano se fragmentó y después se acabó: en el siglo v en Occidente y en el vii en Oriente. Casi en todas partes, las estructuras presupuestarias y fiscales se volvieron más rudimentarias que antes (a veces incluso desaparecieron en cualquier sentido significativo), y las élites políticas –los aristócratas, como él las llama– perdieron poder y riqueza. En consecuencia, se sostiene, las comunidades campesinas aumentaron en general su autonomía. Los propios aristócratas experimentaron una profunda transformación de estilo y conducta, pasando de ser la elite civil de un imperio mundial a convertirse en una clase militarizada con un poder basado en las diversas microrregiones de un Estado imperial a esas alturas desaparecido. Otra consecuencia es que los límites de acción y desarrollo significativos se regionalizaron fuertemente: la microrregión, que siempre había estado presente, se convirtió entonces, de nuevo, en el marco de poder y desarrollo dominante¹¹. En todo esto hay advertencias: aunque Wickham acepta el hecho de que se produjo un fuerte descenso de población en algunas regiones, resalta que, en general, las tierras no se abandonaron ni se dejaron sin cultivar en una escala significativa. Hubo recesión, pero no un colapso o una catástrofe totalizadores.

Todo el argumento se construye prestando una estrecha atención al detalle y a la secuencia que es evidente en cada página. Se construye con cuidado, paso a paso. Empezando por el refinado análisis del Estado, Wickham pasa a la importante clase de los «aristócratas» y su gestión de las propiedades de tierras, y desde esta base a los campesinos y su organización social. Procede entonces a analizar las unidades que contienen la población rural: aldeas y otros tipos de asentamientos. Al final llega a dos capítulos que intentan captar estas unidades en movimiento. El dinamismo del sistema mayor estaba formado por sus interconexiones, y, al hacer y sostener estos lazos, el autor insiste en la importancia del transporte masivo a larga distancia de mercancías básicas.

Después de recorrer las más de 700 páginas de texto denso para llegar al capítulo 11 y último sobre los «sistemas de intercambio», a los lectores comunes podría sorprenderles descubrir que finalmente han llegado al «núcleo del libro»¹². Que este capítulo fuese el último en la larga gestación de la obra es significativo, porque su lenguaje y sus conclusiones parecen muy novedosos en comparación con lo que precede. En aspectos importantes, parecen contradecir los énfasis y categorías con los que el libro comienza, abriéndose así a una «historia subversiva» inserta dentro de un estudio que ya cuestiona las categorías básicas del análisis histórico de esta gran época de transición.

Considérense algunas de las conclusiones que al final alcanza el autor. Sitúa una prioridad motriz en lo que él denomina «la primacía de los factores cau-

¹¹ *Ibid.*, pp. 473, 827-830.

¹² *Ibid.*, p. 693.

sales internos de las regiones al evaluar el cambio económico en el periodo que estamos tratando». La afirmación correlacionada de que «el principal soporte» del sistema económico es la «demanda, sobre todo de productos a granel», apoya de cerca la primera. Este tipo de demanda se refiere al transporte por todo el Mediterráneo de mercancías agrícolas a granel –cereales, aceite de oliva, vino– y de artículos de consumo producidos en masa, como utensilios de mesa, artículos de vidrio y textiles. Dado que «la escala de intercambio a granel es el principal marcador de la complejidad de los sistemas económicos regionales», es la prueba crítica de la existencia de un sistema mediterráneo de intercambio más amplio.

Estas conclusiones van unidas a dos afirmaciones relacionadas: en primer lugar, que «la riqueza que sostenía la demanda a gran escala era en esencia la riqueza de la aristocracia terrateniente», y en segundo, que una estructura presupuestaria y fiscal imperial común era «necesaria para que las economías regionales tuvieran algo más que más lazos marginales entre sí»¹³. El primer gran problema que el reseñador encuentra es el siguiente: si bien el análisis de Wickham demuestra sus dos primeras tesis profusamente, sus propios argumentos y pruebas parecen indicar que las dos últimas afirmaciones son infundadas; innecesarias, de hecho.

Aristócratas y recaudadores de impuestos

El encuadre de Wickham restaura la importancia fundamental de las unidades convencionales, empezando por el Estado y la clase alta (aquí, las «aristocracias»). Una tipología básica del Estado –recaudación de impuestos frente a cesión de tierras– afirma que los basados en los impuestos son más intrusivos y autónomos; los primeros fuertes, los segundos débiles¹⁴. Podría comentarse que encontrar ejemplos históricos de Estados importantes no basados en los tributos es una tarea difícil. La mayoría de los Estados posromanos de Europa occidental, por ejemplo, parecen ser entidades recaudadoras de impuestos, aunque esos impuestos se gastaran en una corte y no en un ejército¹⁵.

En este sistema, la importancia fundamental de los aristócratas no residía tanto en su autoridad, o en su liderazgo cultural o social, como en el hecho de que acumulaban enormes cantidades de riqueza que creaba la demanda a gran escala que hacía funcionar el sistema mediterráneo. A medida que desaparecieron estos dos pilares de grandeza, sostiene el argumento, el Estado imperial romano y todo el mundo mediterráneo asociado con él se fragmentaron y disiparon en nuevos y diferentes regímenes sucesores.

¹³ *Ibid.*, pp. 819-820.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 56-58, 144-145, 826

¹⁵ *Ibid.*, pp. 96-101, 107.

Algunas cuestiones difíciles deben atribuirse a la supuesta categoría social de estas unidades básicas y las funciones que se les atribuyen. A pesar de la constancia dejada en enorme y minucioso detalle sobre la función de las aristocracias (el largo capítulo cuatro), una ojeada más atenta a las pruebas nos hace dudar de la función singular que se les adscribe. Dado que sistemas de componentes más grandes y más pequeños se rigen por la demanda económica, la principal función desempeñada por las aristocracias era que proporcionaban las capacidades de adquisición básicas que elevaban el consumo a niveles más altos. Incluso dadas las alabanzas a la riqueza aristocrática en el periodo, y el hecho de que la riqueza verdaderamente asombrosa de algunos aristócratas occidentales pudiera justificar la airada acusación hecha por Geoffrey de Ste. Croix de que buena parte de la riqueza del Mediterráneo se estaba de algún modo «drenando hacia la cumbre» en este periodo, la afirmación parece dudosa¹⁶.

Basándonos sólo en las cantidades, no había bastantes aristócratas con suficiente riqueza gastable en sus manos como para producir el nivel de demanda que Wickham necesita para sostener el inmenso transporte a larga distancia de mercancías básicas a granel que él considera el corazón del sistema. Este nivel de demanda debió de ser producido por grandes números de consumidores, y proporciones significativas de ellos debían de estar fuertemente interconectadas en los pueblos y las ciudades que concentraban la demanda. Donde posee mejores pruebas sobre el terreno —de la economía del Egipto romano tardío—, Wickham muestra que era la masa de pequeños consumidores urbanos y aldeanos los que «constituían los principales compradores del excedente agrícola tanto de ricos como de pobres, y estimulaban la producción agraria articulada y controlada de grandes propiedades territoriales como la de los Apiones»¹⁷. Este simple hecho sugiere, a su vez, que todo el tema de la demografía histórica de las tierras mediterráneas en la Antigüedad no puede sacarse por completo de escena y dejar sin analizar.

La cuestión de cómo surgió la demanda masiva de mercancías básicas refleja la existencia de una serie de fuerzas motrices que tienen mucho que ver con recursos que podían ser domesticados, dirigidos y fomentados por diversos tipos de organizaciones humanas que se reproducen en diferentes lugares. Por estas mismas razones, pienso que quizá se está dando un peso excesivo al Estado y a su sistema presupuestario y fiscal. Ante todo, los niveles tributarios del Imperio romano eran bajos en comparación con los ingresos de los Estados modernos: en general, se mantenían en un 10 por 100 o menos de la producción anual. Las cantidades recibidas por el Estado probablemente representasen una proporción modesta

¹⁶ G. E. M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World. From the Archaic Age to the Arab Conquests*, Londres, 1981, p. 503 (la frase la pronunció originalmente Peter Brown) [ed. cast.: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, 1988].

¹⁷ C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., p. 767.

del producto interior bruto anual del Mediterráneo¹⁸. La concentración de la riqueza y del gasto del Estado romano fue un impulsor importante, pero no pudo, ni siquiera con el suministro del ejército imperial, haber creado el tipo de demanda contemplado por Wickham.

El gigantesco capítulo 11 del libro materializa de manera similar otras sorpresas y paradojas. Por una parte, es probable que ni siquiera los lectores más pacientes, después de avanzar por los detallados argumentos de los capítulos anteriores, estén preparados para el asalto que les espera. Es una marcha agotadora por interminables fragmentos de vasijas que pondrán a prueba la capacidad de aguante del ceramófilo más entregado. Incluso a aquellos cuya libido se deje mover por las ánforas de transporte y las vajillas comunes les resultará difícil llegar hasta el final. Por otra parte, y de manera espectacular, por primera vez en todo el libro –¿aires de la adición más reciente a la totalidad?– el autor habla en términos más grandiosos y extensos del sistema-mundo mediterráneo o de un sistema-mundo romano. Ambos nunca se definen o diferencian realmente. A veces parecen distinguibles uno de otro; en otros casos dan la sensación de superponerse o incluso ser lo mismo. Sea cual sea su relación exacta, está claro que el autor medita ahora sobre el cambio a escala verdaderamente grande.

Intercambio comercial, tributo, imperio

Wickham insiste en la importancia del tributo y la recaudación de impuestos como núcleo para entender el sistema mediterráneo antiguo desde un famoso, y todavía controvertido, artículo que publicó a comienzos de la década de 1980¹⁹. El mantra se repite a lo largo del libro, que acaba con una declaración típicamente firme: «Hacía falta una infraestructura fiscal y presupuestaria para que las economías regionales tuvieran algo más que lazos marginales entre sí»²⁰. Pero claramente, de nuevo basándonos en los propios datos que él aporta, esto no es así.

Uno de los mejores estudios sobre los medios que hicieron posible el intercambio a granel en el Mediterráneo –el negocio de la navegación– re-

¹⁸ En contra de lo dicho por Wickham, cuyo cálculo de «apropiación» por parte del Estado del orden del 25 por 100 no puedo aceptar: *ibid.*, pp. 65-66, 108. Véase Keith Hopkins, «Rome, Taxes, Rent and Trade», *Kodai. Journal of Ancient History* VI-VII (1995-1996), pp. 41-75, reimpreso en Walter Scheidel y Sitta von Reden (eds.), *The Ancient Economy*, Edimburgo, 2002, pp. 190-230, que sostiene que en general se exigieron tipos impositivos cada vez más bajos: 5-7 por 100 del PIB. Incluso aunque Wickham restrinja, *ad hoc*, su cálculo a algunos casos del siglo VI, sigo teniendo dudas; el argumento más amplio es que seguramente no sean aplicables al sistema mediterráneo romano en general.

¹⁹ Chris Wickham, «The Other Transition. From the Ancient World to Feudalism», *Past & Present* CIII (1984), pp. 3-36.

²⁰ C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., p. 820.

vela una curva parabólica normal con un ascenso regular de la intensidad en todo el Mediterráneo y después una caída igualmente regular en todo el Mediterráneo²¹. Esta regularidad podía atribuirse a accidentes del descubrimiento, las casuales verificaciones de los datos, los naufragios datados, si no fuese por el hecho de que una serie de indicadores distintos reflejan el mismo proceso. Por ejemplo, el ascenso y la caída de la cantidad total de producción de moneda, del uso datado del papiro para escribir o, quizá lo más llamativo de todo, de los efectos planetarios de la contaminación atmosférica provocada por este sistema que pueden ahora distinguirse en los lagos del norte de Europa e incluso en la distante Groenlandia. Todos revelan el mismo patrón general de ascenso y caída. Y hay una cosa que puede asegurarse acerca de todos estos factores: su ascenso se produjo *antes* de que se impusiera un sistema imperial romano sobre el Mediterráneo, mientras que la decadencia del sistema empieza y continúa sin pausa *dentro* del periodo culminante de imposición de un sistema tributario en todo el Mediterráneo por los romanos.

Esto coincide con las propias pruebas presentadas por Wickham, que demuestran que en las partes occidentales del Imperio, donde primero se percibe la tendencia, las exportaciones mediterráneas a las regiones periféricas ya se encontraban en significativa decadencia desde principios del siglo iv²². Aunque el siglo iv tal vez fuera una época de recuperación en Occidente, la misma se produjo en niveles sistemáticamente inferiores a los del Alto Imperio. Si el Estado con sus redes tributarias —el sistema fiscal— era «el motor principal» del desarrollo económico, claramente fracasó en su función²³. La imposición y la recaudación de tributos por parte del Estado era más rigurosa y se mantenía en niveles más altos en los siglos iv y v que en tiempos anteriores, y sus gastos y requisas eran mayores, todo esto en una época en la que se puede observar una caída general de la demanda y de la producción.

En resumen, las pruebas demuestran que el Estado-mundo romano era tanto un beneficiario como una causa primaria del sistema económico. Damos primacía al Estado y a sus aparatos porque nos han enseñado, a partir de los modelos europeos del siglo xix, a exaltarlos: a poner el Estado en un pedestal intelectual e ideológico hasta llegar a la exclusión de otras muchas organizaciones humanas de tipo análogo. Un observador exterior podría ver el Estado como otro tipo de intricante red social de gran escala que se beneficia de la demanda y la oferta en la misma medida que las intensifica. Todos estos tipos de instituciones, desde las grandes familias y las casas extensas a los monasterios y las jerarquías religiosas, que a veces poseían con-

²¹ Anthony Parker, *Ancient Shipwrecks of the Mediterranean and the Roman Provinces*, BAR International Series núm. 580, Oxford, 1992; éstos junto con otros datos pertinentes se recapitulan en François de Callataÿ, «The Graeco-Roman Economy in the Super Long-Run. Lead, Copper and Shipwrecks», *Journal of Roman Archaeology* XVIII (2005), pp. 361-372.

²² C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., pp. 77-78, 179-180.

²³ *Ibid.*, p. 79.

siderables proporciones de terreno cultivable, colaboraron y compitieron en el proceso²⁴. El debate sobre si las grandes propiedades territoriales privadas hacían esto y los Estados públicos hacían lo otro es a la postre, por lo tanto, un poco árido²⁵. La competencia entre estas unidades *en cada uno de los niveles* causaba tanto el potencial de expandir la dominación externa como el aumento de la demanda de remodelación interna, de la eficiencia y de la disciplina²⁶. Pero el sistema-mundo mediterráneo no existía debido a ninguno de ellos. Decir que, «tras la descomposición del sistema fiscal romano panmediterráneo, la historia económica de cada región no dependía de los lazos estructurales con su vecino» no es más que decir lo que siempre había sido cierto²⁷.

La historia, tal como Wickham la cuenta, narra un relato normal y en cierto modo predecible. La hegemonía romana sobre el Mediterráneo se deshace casi precisamente en dirección opuesta a la emprendida por los grandes Estados que primero dominaron la ecología de ese mar y gradualmente unificaron sus territorios: de noroeste a sureste. Empezando por Gran Bretaña, su eslabón más débil, el sistema avanza gradualmente rumbo al sureste hacia su puntal de Egipto, su base más fuerte, antes de acabar disipándose. (Es tentador ver a la moderna Unión Europea seguir la trayectoria opuesta.)

En todo caso, Gran Bretaña y el Magreb central no fueron los primeros en experimentar esta descomposición total. En las últimas décadas del siglo III, el Estado romano había abandonado ya similares regiones exteriores. En el extremo noreste dejó Dacia, casi toda la actual Rumanía situada al norte del Danubio; en el extremo sureste abandonó toda la región de Egipto situada al sur de la primera catarata; y en el extremo suroccidental, Mauritania, Tingitana, el norte del Marruecos actual, fue abandonada a sus propios medios. Gran Bretaña, la región exterior que no fue abandonada en esta primera fase de reducción, supuso, por tanto, una excepción aislada en este proceso.

²⁴ Por ejemplo, sobre la función significativa que podían desempeñar redes de familias, amigos, mercaderes y comerciantes, véanse las obras de Avner Greif, entre ellas «Contract Enforceability and Economic Institutions in Early Trade. The Maghribi Traders' Coalition», *The American Economic Review* LXXXIII, 3 (junio de 1993), pp. 525-548; Avner Greif, Paul Milgrom y Barry Weingast, «Coordination, Commitment and Enforcement. The Case of the Merchant Guild», *Journal of Political Economy*, CII, 3 (junio de 1994), pp. 745-746; y Avner Greif, *Institutions and the Path to the Modern Economy. Lessons from Medieval Trade*, Cambridge, 2006, en especial el capítulo 3, basado en parte en los manuscritos hallados en la sinagoga Ben Ezra de El Cairo.

²⁵ Por ejemplo, C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., p. 71, sobre las grandes propiedades en el Egipto del siglo VI.

²⁶ Victoria tin-bor Hui, *War and State Formation in Ancient China and Early Modern Europe*, Cambridge y Nueva York, 2005, en especial pp. 79-84 y 178-189, sobre lo que ella denomina en general reformas «autofortalecedoras» internas.

²⁷ C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., p. 821. Véase, por ejemplo, Alain Bresson, *La cité marchande*, París, 2000, *passim*, sobre la existencia de estas zonas económicas discretas a lo largo del periodo helenístico en el Mediterráneo oriental.

¿Por qué este modo de descomposición? Al resaltar la gran importancia de la «demanda interna para su articulación [la del sistema mundo mediterráneo] en todo caso», Wickham entiende que esta interpretación no sólo cuestiona el famoso dicho de Pirenne sobre Mahoma y Carlomagno, sino que lo trastoca por completo. También entiende que la idea de Pirenne sigue teniendo mucha fuerza precisamente porque «encaja en la vieja metanarrativa de la historia económica medieval que intenta explicar el triunfo económico secular del noroeste de Europa»²⁸.

La paradoja clara en el proceso del encuadre es que parecemos lanzados a una variante de esta misma gran narrativa. Es decir, la nueva historia prima precisamente las mismas categorías de análisis —el Estado, la tributación, la gestión y reproducción de las propiedades territoriales, la posición social y económica de los campesinos, la función de las ciudades y de la industria urbana, y las prioridades culturales— situadas en el centro de este modelo desde Karl Bücher y Karl Marx hasta Marc Bloch y Moses Finley. También describe con gran precisión cómo el debilitamiento y, por último, el colapso del procedimiento de recaudación de tributos afectó profundamente a todo el sistema de intercambio sostenido por el Estado imperial mediterráneo; cómo casi en todas partes las elites se empobrecieron y, a su vez, generaron niveles de demanda económica mucho menores; cómo la autonomía regional acabó por dominar; y cómo la respuesta peculiar de Europa noroccidental emergió y acabó caracterizando un nuevo orden económico. Esto tiene toda la emoción de decirnos, a posteriori, lo que en retrospectiva sabemos que ocurrió. Y así parece confirmar, aunque de modo diferente y por medios distintos, una versión del análisis de Pirenne.

Cambio de límites

Éste es un modo de interpretar esta investigación, de leer este texto. Como ocurre con cualquier gran obra con complejos niveles de profundidad analítica, sin embargo, puede girarse hacia otros ángulos de percepción, de manera beneficiosa. Otro modo de observar *Framing the Early Middle Ages* de Wickham sería el de considerar modos manifiestos en los que, tomada al pie de la letra, es una obra subversiva; pero quizá más subversiva aún de lo que el propio autor deseaba. Finjamos por un momento que somos visitantes extraterrestres. Éste es uno de los pocos grandes escritos que sobrevive. Llevemos la ficción un paso más lejos. Imaginemos que sobrevive todo menos su elegante cubierta, las caras tapas duras de OUP, la introducción y la conclusión, y que las páginas del título desaparecen. Nada de «encuadre» y nada de «Edad Media». ¿Qué quedaría de la historia contada? ¿Cuáles parecerían los principales contenedores, conectores, modos de producción y otras fuerzas motrices importantes implicadas en las transformaciones del mundo mediterráneo antiguo?

²⁸ C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., p. 822.

Ante todo, la insistencia en la prioridad del Estado imperial romano y su tributación parece, sólo con las pruebas internas, exagerada. Estado y tributos son importantes, pero no explican ni la génesis ni la evolución general del sistema. Si el eje Cartago-Roma era la «columna vertebral» que conectaba el sistema mediterráneo occidental (lo cual es cierto en general), todo lo que se puede decir es que esta «columna vertebral» estaba activa mucho antes de la consolidación del Estado imperial romano. La importancia de la línea norte-sur, formada por redes de intercambio y desarrollo urbano, que avanzaba desde el norte de Túnez, pasando por Sicilia, hasta las regiones del centro y del sur de la península italiana, ya estaba clara en los siglos v y iv a.C. No dependía de ningún Estado imperial dominante que le diera existencia o la sostuviera. Muy al contrario.

Es este mismo empeño en el «modo tributario» el que determina las interpretaciones de Wickham sobre la caída del sistema en el oeste. Las causas de su fin se asientan en el umbral de la guerra –la invasión vándala del norte de África en la década del 430– y la ruptura del nexo tributario entre África y Roma²⁹. Todas las pruebas incluidas en el resto del libro, sin embargo, se oponen a dicha interpretación. África, por ejemplo, conservó una situación bastante buena durante la dominación vándala³⁰. ¿Y por qué no? Los dominadores vándalos estaban reproduciendo los mismos parámetros de la hegemonía púnico-cartaginense en el Mediterráneo en los siglos vi a iii a.C. Y, lejos de destruir ningún «sistema-mundo» en el Mediterráneo occidental, los primeros sistemas de gobierno fenicios y cartagineses en Occidente se dedicaron activamente a crearlo, y con él, el eje de desarrollo económico que avanzaba a lo largo del corredor formado por la bahía de Túnez, Sicilia y la bahía de Nápoles. Todas las pruebas indican que se produjo la ruptura de este sistema implicado en una transición violenta en el plano de la guerra, pero son las reconquistas bizantinas en las décadas de 530-560 en África e Italia las que marcan la transición. Para entonces, estos territorios ya no formaban parte del sistema político mediterráneo en general, sino, por el contrario, de la violenta periferia occidental, la frontera bélica, de un Estado mediterráneo oriental. Toda la frontera este-oeste a lo largo del límite norte de un imperio mediterráneo unitario había virado ahora vertiginosamente hacia una línea vertical norte-sur que dividía en dos el Mediterráneo. En lugar de situarse en el centro, Italia y el norte de África se habían convertido en territorios fronterizos.

Basándose en los detalles leídos por nuestro extraterrestre, la prioridad absoluta dada al sistema imperial de recaudación de tributos parece como mínimo excesiva, si no equivocada. Se declara repetidamente, por ejemplo, que el sistema-mundo mediterráneo se hundió debido a una crisis del sistema fiscal que lo apoyaba³¹. Pero casi en todos los casos significativos que

²⁹ *Ibid.*, p. 710.

³⁰ *Ibid.*, p. 711.

³¹ *Ibid.*, pp. 778-779.

el propio Wickham documenta, el Estado imperial no fue perdiendo sus ingresos fiscales por problemas administrativos internos, crisis económicas dentro de las subregiones (de hecho, a veces sucedía lo contrario) o dificultades con la recaudación de los tributos, sino porque iba perdiendo sistemáticamente enormes áreas de terreno de su base fiscal debido al agente previo de la fuerza violenta. El conjunto de su detallado estudio sobre la economía de Egipto y Siria-Palestina en el periodo es tan bueno para demostrarlo como cualquier elemento del proceso. Estas regiones no sólo estaban en buena situación durante los siglos V y VI, estaban en mejor situación que nunca. Entonces, de repente, llegó el fin.

La espada del profeta

Como nuestro lector externo discerniría, el problema no es tanto lo que estaba ocurriendo sino *cómo* estaba ocurriendo. En la aparición y recesión de concentraciones de población más elevadas e intensas, de la organización jerárquica del control, de la producción especializada, del consumo de grandes gamas de mercancías y de la aparición de conexiones a gran escala en el Mediterráneo, los precisos detalles de las pruebas con tanto cuidado y precisión verificadas por el autor apuntan en una dirección, pero sus conclusiones en otra. Los territorios del Magreb, por ejemplo, sufren la misma reducción, descenso de población, aumento de la autonomía campesina, empobrecimiento de los nobles y desurbanización que las tierras de Europa oriental, y, sin embargo, sólo esta última experimenta el tipo preciso de desarrollo posromano descrito. ¿Por qué? La explicación dada es que dos de las regiones que experimentaron las crisis más severas tras la fragmentación, Gran Bretaña y el este del Magreb, estaban tan aisladas e internamente dependían tanto de una versión civil del sistema cultural romano que el fracaso de éste les impactó indebidamente. Es una explicación tan buena y convincente como cualquiera de las puestas hoy sobre la mesa; mejor que la mayoría. Pero de ser cierta, parece, al menos en apariencia, apuntar a factores distintos de la recaudación tributaria y la posición de aristocracias y campesinos como fuerzas de cambio en movimiento. Incluso allí donde el emperador era en gran medida el mayor terrateniente –por ejemplo, en África–, ¿producirían él o su corte por sí solos la suficiente demanda consumidora necesaria para sostener una parte sustancial de todo el sistema? La misma pregunta debe hacerse respecto a los aristócratas. En cualquier caso, el argumento parece llegar a una conclusión negativa en este punto: «El sistema de intercambio mediterráneo [...] una vez establecido, creó su propias estructuras de intercambio comercial. Estas estructuras sobrevivieron a la destrucción del motor fiscal» (presumiblemente también la demanda)³².

Un buen caso representativo lo proporciona una de las regiones mejor documentadas de todas, la de Egipto, la economía ribereña del Nilo. Allí se

³² *Ibid.*, p. 819.

mantuvo una fuerte economía regional, la que menos efectos demostrables sufrió del hundimiento del sistema-mundo romano: *a pesar de la debilidad de la demanda aristocrática*³³. La economía interna de Egipto sobrevivió bien a la desaparición del sistema-mundo mediterráneo, mientras que es demostrable que en Gran Bretaña y el Magreb no fue así. Los niveles elevados de población y las buenas comunicaciones son las explicaciones propuestas. Las causas tenían que ser una combinación de factores conectados con mercados internos capaces de capear los cambios básicos de los sistemas fiscales externos. La referencia a las comunicaciones requiere una serie de factores relacionados, incluido, sobre todo, la naturaleza densa y compacta de una población relativamente numerosa, en la que cada unidad estaba en comunicación rápida y menos cara con las otras.

También en este caso, nunca parece afrontarse en serio el impacto de una cultura completamente nueva y diferente en la lengua, la religión, el derecho, la estética y las normas sociales. El impacto integral del islam en esta transición sencillamente «no está presente». La omisión no sólo es significativa por cuestiones de pensamiento, creencia y cultura, sino también por razones económicas fundamentales para el lugar del Mediterráneo en desarrollo³⁴. Parece asumirse que, por alguna razón, una parte enorme del sistema-mundo mediterráneo desaparece sin más de nuestra vista. Si en estos territorios emergió un «modo de producción feudal» (¿lo hizo acaso?), no tuvo la misma valencia y el mismo impacto que en Europa noroccidental.

Pero incluso en el caso de Europa occidental, el lector extraterrestre se sentiría bastante confundido. Entre otras muchas cuestiones, seguramente le preocuparía ésta: ¿por qué de todas las explicaciones y modelos posibles de verificación e intensificación de los lazos económicos, sociales y políticos en Europa occidental, el único que se presenta es uno que plantea el uso del poder y de la coerción por parte de los nobles contra campesinos débiles y renuentes que se resisten a esas imposiciones? La pregunta se presenta con tanta fuerza porque, a pesar del prolongado esfuerzo para encontrarlas³⁵, las pruebas disponibles no aportan indicio alguno de una resistencia generalizada de los campesinos al proceso ni de la centralidad de la fuerza o de la compulsión como principal causa de la convergencia entre los intereses aristocráticos y los campesinos. Lo que ocurrió *parece* no estar en duda: es decir, el paso de un modo de producción campesino dominante a un modo feudal dominante. De nuevo, como el propio autor declara, apenas tenemos estudios serios sobre *cómo* ocurrió³⁶.

³³ *Ibid.*, pp. 766-767; la cursiva es mía.

³⁴ Jairus Banaji, «Islam, the Mediterranean and the Rise of Capitalism», *Historical Materialism* XV, 1 (2007), pp. 47-74, que sostiene su importancia en el gran paso de una fase mediterránea a una fase atlántica de desarrollo del capital.

³⁵ C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., pp. 577-585.

³⁶ *Ibid.*, p. 571.

Las funciones de la guerra

Presionada de esta manera, empiezan a aparecer en la máquina otros fantasmas. Las palabras del relato documentan repetidamente la existencia de una violencia muy destacada o coordinada –más a menudo en forma de guerra– como causa crítica en el cambio del curso de la acción y la comunicación económica, social, política y cultural. La guerra rehace la península Ibérica, remodela África y rompe la fundamental «espina dorsal tributaria» que compone el eje del sistema de intercambio en el Mediterráneo occidental, y reconfigura la frontera del Rin y, por lo tanto, Francia. Rehace la Italia peninsular. Es *la* causa de la ruptura de la «espina fiscal oriental» que separa Egipto y Siria-Palestina del Estado romano oriental, donde las consecuencias precisas de perder y ganar guerras se presentan con detalle gráfico³⁷. Un ejemplo especial lo ofrece el caso de Egipto. Dado que la eliminación de los factores preferidos por el autor –el Estado mediterráneo y su sistema tributario– no causa una desintegración interna del sistema, le obliga a poner la guerra en la cabeza de la lista de factores causales³⁸.

Está claro, de hecho, a partir de todas las pruebas reunidas, que el núcleo del sistema-mundo mediterráneo oriental floreció hasta que la guerra lo destruyó: «La red seguía así en su lugar, prácticamente intacta, cuando empezaron las invasiones árabes y persas». En este caso, las consecuencias son graves: esta red, durante tanto tiempo tan fuerte, se desvanece en sólo una generación (no tres de acuerdo con mis cálculos y las pruebas que él presenta): entre 614 y 642. Egipto y Siria-Palestina quedan para siempre separados de sus anteriores conexiones mediterráneas norte-sur³⁹.

A pesar de todos estos datos básicos, hay dos cosas notablemente evidentes. En primer lugar, los comentarios sobre los efectos causales de la violencia a gran escala están casi por completo subordinados a las demás categorías de análisis; entran en el relato casi como avisos a posteriori. Aunque al fin se señala la guerra como uno de los principales factores implicados en la transformación del sistema mundo mediterráneo (la versión del sistema-mundo romano) en lo que lo siguiera, no se incluye en las grandes conclusiones del autor, de las que la guerra está, casi inexplicablemente, ausente. Por el contrario, en medio del análisis de uno de los capítulos, la guerra ocupa el tercer puesto en prioridad, tras el énfasis dado a los sistemas presupuestario/tributario y a los problemas de la propiedad de la tierra. Es interesante señalar el lenguaje poco generoso: «En tercer lugar, debemos reconocer el impacto de la guerra y la destrucción generalizada [...]. En general, a este factor sólo se ha hecho aquí referencia de pasada, pero sería absurdo negarlo por completo»⁴⁰. Uno tiene la

³⁷ *Ibid.*, pp. 94, 87-88, 102-103, 203-204, 125-126, 127-128.

³⁸ *Ibid.*, p. 769.

³⁹ *Ibid.*, p. 716.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 719.

sensación clara de que el autor se siente obligado a señalar el factor porque sería imprudente negarlo por completo. La guerra merece más que esta concesión a la ligera. Mucho más.

El problema a este respecto, pienso, se retrotrae al modelo austro-alemán para explicar las grandes transiciones en la historia humana que se formuló por primera vez en el largo siglo XIX, pero que sigue dominando nuestro pensamiento. Poca o ninguna teorización sobre la guerra o la violencia se introdujo en su burdo paradigma evolutivo, que resaltaba las clases antagonicas, las fuerzas económicas y el crecimiento y el reemplazamiento naturales de las fases del desarrollo humano, alimentados por la producción y las transformaciones de los regímenes de propiedad y de trabajo. Admito que teorizar sobre la violencia y sobre la guerra es difícil, y que incluso ahora no existe casi nada interesante con referencia a la Antigüedad. Pero cualquiera que considere el mero registro de lo que ocurrió en el sistema-mundo mediterráneo apenas puede negar la importancia destacada de la guerra y la violencia en la creación y la eliminación del sistema, incluso en sus partes constitutivas más pequeñas. Las creencias son otra rama igualmente poco teorizada *en esta teoría histórica* (y soy perfectamente consciente de Weber).

Como ya se ha señalado, sólo hacia el final de esta monumental obra empieza el autor a hablar del sistema-mundo mediterráneo⁴¹. Aun así, este «sistema-mundo» no era en absoluto autosuficiente. Una dificultad, por lo tanto, es la de distinguir las presiones internas y las externas, dado que este sistema estaba situado, como una serie de diminutos entornos insulares desconectados, en el extremo distal de un enorme sistema euroasiático de circulación de poblaciones, ideas y mercancías. Sus contenedores apuntan a sistemas humanos mucho mayores que ni siquiera se insinúan: los enormes recursos oceánicos del Atlántico al oeste (¿qué tipo de modo de producción era éste?) y el mundo más amplio de comunidades pastoriles nómadas en las enormes y expansivas llanuras euroasiáticas al este.

Hablar de la impresionante riqueza de las regiones palestinas, por ejemplo, al final de la Antigüedad, sin referirse al probable impacto de las economías de la Persia sasánida, sino casi exclusivamente a un conjunto interno de fuerzas motrices, parece problemático⁴². ¿Y cuánto de lo relativamente inusual en el sistema-mundo mediterráneo derivó de la enorme intensidad de las comunicaciones y de las poblaciones en entornos insulares y peninsulares, ya fuesen los del Mediterráneo o los de la Europa atlántica? Una vez planteada de este modo, pienso que nuestra atención se desvía de campesinos y aristócratas hacia otro tema subyacente que constantemente resur-

⁴¹ *Ibid.*, p. 708.

⁴² En la reseña que de *Framing the Early Middle Ages* hace John Haldon, *Historical Materialism* XVII (2009), de próxima aparición, se puede encontrar una opinión crítica sobre la importancia de las pruebas sasánidas para este problema (aunque la erudición se hace comparecer en esta reseña con fines distintos).

ge en todo el libro y que, hacia su final, se resalta con fuerza peculiar: la microrregión.

La microescala

La gran importancia de la microrregión es un punto en el que el autor insiste, y los cúmulos de pruebas reunidos por él apoyan esta aseveración. Son los mundos menores y fragmentados de regiones, subregiones y microzonas los que contribuyeron a la formación de este mundo: las unidades ecológicas que constituían los elementos primarios de producción e intercambio a partir de los cuales hubo de crearse el sistema mediterráneo más amplio. ¿Pero qué eran en realidad? Aparecen una y otra vez como poco más que «contenedores»: cosas que de algún modo ocurren sin más en esta escala, incluso como respuesta a fuerzas más grandes. Lo que las unidades mayores hicieron fue provocar suficiente demanda como para fomentar el intercambio de mercancías para el gran consumo que enlazó las unidades menores en «sistemas-mundo» mayores. Otros han explorado estas mismas direcciones, derivadas en parte de los argumentos de Horden y Purcell⁴³. Wickham considera de manera convincente algunos de estos pequeños sistemas, como Egipto a lo largo del Nilo, análogos a sistemas internamente coherentes que ya eran en la Antigüedad como modernos Estados-nación: una unidad nacional con su propia economía nacional en pequeño⁴⁴.

Aun así, la cuestión realmente difícil es cómo funcionaba el sistema. Disponemos de indicios, aquí y allá, sobre cómo cambia. En algunos puntos, los fundamentales, la explicación asume la jerga del «punto crítico» gladwelliano, entendido como el peso acumulativo y la combinación de los cambios que conducen de repente a lo que el autor denomina de manera gráfica un «salto catastrófico» en todo el sistema: el destino de las ciudades de la Anatolia bizantina en el siglo VII (notablemente causado por la guerra); el final de la producción de cerámica de franja roja africana; el norte de Italia después de la década de 650, entre otros casos⁴⁵. Estas observaciones se refieren a motores de creación y mutación sistémicos que avanzan y retroceden de las maneras quizá característica de otros sistemas biológicos.

La reversión es otro proceso manifiesto en los datos presentados por Wickham: giros que marcan la recaída de unidades más grandes en las microrregiones existentes. La reproducción también parece fundamental

⁴³ P. Horden y N. Purcell, *The Corrupting Sea*, cit., pp. 79 ss., por ejemplo; y por quien escribe esta reseña, aplicando su concepto de isla «virtual»: B. Shaw, «A Peculiar Island. Maghrib and Mediterranean», *Mediterranean Historical Review* XVIII, 2 (diciembre de 2003), pp. 93-125; ahora también por otros: David Kennedy, *Gerasa and the Decapolis. A «Virtual Island» in Northwest Jordan*, Londres, 2007.

⁴⁴ C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., p. 767.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 633, 713, 732-733.

para su funcionamiento. En otras palabras, se ven en la escala y en la complejidad elementos que indican que los modelos neodarwinianos tal vez ofrezcan un modo de comprender los cambios. La curva parabólica de la evolución sugiere que el crecimiento y la recesión poblacional, y el aumento y caída adjuntos del consumo, fueron causas básicas (como se admite en el bien documentado caso de Egipto)⁴⁶. Pero había mucho más implicado, incluidos los peculiares impulsores, conductores y catalizadores para los que, probablemente, los historiadores deberán desarrollar un nuevo vocabulario.

En el capítulo más corto, y quizá más convincente —el quinto, sobre la gestión de la tierra—, el autor se aparta de las categorías fijas para acercarse a otras más lábiles que nos permiten, por un lado, huir de nuestra devoción por la economía señorial bisectorial y, por otro, de la necesidad de dotar de un estatus único al trabajo de esclavos en la producción. Claramente Wickham ve que hay diferentes respuestas a un problema similar: la necesidad de intensificar la producción. Esta necesidad alimenta el impulso adjunto de mantener un estrecho control y procedimientos de vigilancia, y de especializar la producción⁴⁷.

Los viejos modelos, sin embargo, se niegan sin más a morir: y así se realizan esfuerzos agotadores e innecesarios para demostrar la existencia previa de este modo particular, el «tipo *demesne*», en una y otra parte del Mediterráneo antiguo⁴⁸, en lugar de aceptar este modo como lo que las actuales pruebas demuestran que fue el dominio agrícola bipartito: una respuesta peculiar desarrollada en el norte de Francia⁴⁹. (Es decir, *de este modo específico*, dado que, en términos generales, la respuesta de una gestión bipartita de la tierra, independientemente del uso privilegiado del término *demesne*, se ha encontrado con seguridad en muchos momentos y lugares de la historia mundial). La adopción y expansión de esta técnica en diversos arcos a partir de Francia se debió quizá a que los componentes que había en ella —como la especialización de la producción destinada al mercado— se adaptaban a los regímenes de trabajo y a las condiciones de la demanda y la oferta que se encontraban en ese contexto histórico determinado. Por lo tanto, es correcto llamar la atención sobre los viñedos y la producción de vino como una de las principales vanguardias presentes ya en las distintas combinaciones de producción y consumo existentes⁵⁰.

De nuevo, los mecanismos de cambio y desarrollo que Wickham sugiere encajan claramente en su crítica y rechazo de los modelos tradicionales «del colonato»⁵¹. Por otra parte, no avanza por la senda interpretativa del

⁴⁶ *Ibid.*, p. 767.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 264.

⁴⁸ Por ejemplo, *ibid.*, pp. 265-274, todo ello cogido por los pelos.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 280-281.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 285.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 521-526.

trabajo rural pavimentada para nosotros por la obra de Jairus Banaji. Parece, por el contrario, aceptar la interpretación de las leyes relacionadas con «el colonato» como ajustes fiscales microrregionales y no mucho más, algo que perfectamente podrían ser⁵².

Cultura y creencias

En *The Rise of Western Christendom*, Peter Brown ha trazado un panorama comparablemente grandioso y cósmico de estas mismas grandes transiciones, profundizando con denuedo insistentemente las líneas de ideas, creencias, prácticas rituales e instituciones sagradas. Se podría decir que el suyo es un cuarto modo de contemplar el mismo gran proceso. Las categorías alternativas son, por lo tanto, igualmente posibles y adecuadas. Aquí analizan la formación y el desarrollo de una religión imperial y sus múltiples transformaciones y mutaciones: su creciente grandeza y su fisión en líneas microrregionales⁵³. Aun cuando se ocupe de una serie de intereses distintos, esta otra línea narrativa alude en buena parte a la misma historia subyacente, si bien contemplada desde otro punto de vista.

Si leemos y comparamos las pruebas y los argumentos prolijamente razonados de las diferentes perspectivas adoptadas por Brown y Wickham, comprendemos una serie de cosas. En primer lugar, sea cual sea el relato, no es susceptible de encuadre. A pesar de la proclamación de Wickham y de la utilidad marginal de la metáfora, seguramente no es lo que él ha hecho. El autor admite con franqueza que ha usado estas categorías de análisis —estructuras fiscales, riqueza aristocrática, gestión de las propiedades territoriales, patrones de asentamiento, autonomía colectiva de los campesinos, urbanismo e intercambio material— porque son las que él está mejor preparado para usar. Otras —sistemas de creencias, funciones de los sexos, representaciones, prácticas rituales y de culto— podrían ser igual de válidas⁵⁴. Pero las unidades de análisis que dominan en la obra no son exclusivamente aquéllas en las que de algún modo el autor *resulta* tener cierta experiencia. Son el núcleo convencional del análisis histórico que se ha dedicado a este problema desde mediados del siglo XIX.

Los elementos recurrentes del análisis indican la necesidad de pensar de modo distinto sobre la naturaleza de todo el proceso. A este respecto, la perspectiva global de Brown sobre el ascenso del cristianismo indica que

⁵² Cam Grey, «Contextualizing *Colonatus*. The *Origo* of the Late Roman Empire», *Journal of Roman Studies* 97 (2007), pp. 155-175, ofrece una de las mejores revisiones sobre los debates recientes.

⁵³ Peter Brown, *The Rise of Western Christendom. Triumph and Diversity, AD 200-1000*, Oxford, 2003: una buena obra comparativa, ya que presenta gran parte de la misma «inclinación» occidental que McCormick y Wickham; es la edición revisada, debería señalarse, la que tiene especial importancia para este problema.

⁵⁴ C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., p. 825.

hay otras partes necesarias de esta misma historia. Los conceptos, las invenciones mentales y las creencias trascendentales, si son mantenidos constantemente por grandes cantidades de personas en concierto, pueden influir y estimular tanto como la guerra. Si algo hicieron las conquistas musulmanas, fue reconfigurar por completo todo el sistema mediterráneo romano, privando de su primacía a todo un circuito de territorios áridos situados a lo largo de su periferia sur, desde Palestina y Egipto en el este hasta Marruecos en el oeste. También Wickham afirma que se produjo este gran giro geopolítico: estas tierras ya no se orientaban principalmente a lo largo de los ejes norte-sur centrados en el Mediterráneo, sino, por el contrario, hacia una unidad política expansiva de este a oeste que por el este alcanzaba la meseta iraní⁵⁵. La fuerza combinada de ideas, identidad y violencia era creativa y transformadora. Pero estos factores indican a su vez la importancia fundamental de los patrones de pensamiento y creencia, del lenguaje y la comunicación, y de otros contenedores de patrones de conducta humanos, y muestran que son tan «microrregionales» o «hegemónicos» como las relaciones tributarias o los sistemas de intercambio.

La insistencia en la prioridad del Estado en los términos específicos de un Estado imperial y su estructura tributaria sólo tiene sentido si dicho Estado dominaba de hecho todo el sistema de la manera afirmada. Las pruebas básicas sobre los tipos de conexiones con las que el autor desea conectar su sistema-mundo mediterráneo nos conducen en otras direcciones distintas. Reconsideréese esa curva de desarrollo en forma de campana que demuestra que el Estado romano fue tanto el resultado como la causa del sistema-mundo mediterráneo. Esto no significa sostener que, en términos northianos, la aplicación de normas más coherentes de relaciones jurídicas y la disponibilidad de tipos de moneda más consistentes en un área geográfica mucho mayor y para grandes poblaciones, por ejemplo, no pudiera ayudar a ampliar la escala, la complejidad y la duración de la producción y el consumo, haciendo efectivamente lo que a veces los Estados hacen bien: reducir sistemáticamente los costes de transacción. Es sólo que esos factores estatales de arriba abajo no fueron esencialmente causales para el sistema-mundo mediterráneo: el sistema empezó, de hecho, su despegue regular a lo largo de siglos cuando en la cuenca mediterránea había numerosos Estados grandes y una plétora de Estados pequeños, todos marcados por sus peculiares normas culturales de comunicación e intercambio: lenguas dominantes, monedas, sistemas jurídicos, etcétera.

Las diferencias entre ellas y la naturaleza competitiva de estas unidades no impidió en modo alguno el avance regular del sistema durante el denominado periodo helenístico, es decir, después del 330 a.C. De hecho, marca-

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 130-131. En casos específicos, como Andalucía, Wickham parece aceptar, por una parte, la importancia de estas guerras como causa fundamental de cambio (pp. 226-227), para luego negarlo (pp. 230-231); cfr. Garth Fowden, *Empire to Commonwealth. Consequences of Monotheism in Late Antiquity*, Princeton, 1993, en especial pp. 138 ss., elabora los argumentos planteados antes en su estudio.

do por la posterior emergencia de una creciente igualdad de lengua y cultura, el sistema experimentó sus principales periodos de crecimiento y consolidación en condiciones en las que no había proceso tributario unitario alguno que lo rigiera. Como el propio autor señala, la segunda fase del sistema-mundo mediterráneo surgió precisamente en las circunstancias en las que pequeñas unidades políticas –reinos menores, pequeños principados, ciudades-Estado grandes y pequeñas, corporaciones eclesiásticas y familias empresariales, entre otros–, así como fragmentadas diferencias culturales, jurídicas, lingüísticas y religiosas, fueron de nuevo dominantes en los territorios que rodean el mar Mediterráneo⁵⁶.

Seguramente esto señala la gran importancia de todo tipo de comportamiento económico organizado, buena parte de él a gran escala y desarrollado por las denominadas organizaciones y empresas ilegales o delictivas (el negocio del sexo, el comercio de estupefacientes) que los historiadores, en aparente necesidad de mantener una disciplina moral, pasan estudiadamente por alto. Desde la delincuencia descarada hasta la protección institucionalizada, todo podría servir para explicar el ascenso de un Estado como el de Génova⁵⁷. Aquí es donde el historiador tendrá que decidir la importancia relativa de las fuerzas internas generadas por una microrregión y las conexiones externas, como las del comercio de esclavos, en el ascenso de una unidad política como Venecia⁵⁸. En todo caso, las unidades competitivas de pequeña escala fueron perfectamente capaces de alcanzar otro sistema-mundo; un sistema que, de hecho, a través de sus conexiones atlánticas, acabaría transformando el planeta⁵⁹.

Las soluciones de Wickham, por lo tanto, parecen a veces demasiado peculiares para resultar cómodas. Aunque sin aceptar que todas las críticas proferidas por Jack Goody tengan el mismo peso, y siendo muy consciente de las objeciones a algunas formulaciones precisas de sus hipótesis, hay aquí suficiente que decir de sus ataques en serie contra una historiografía occidental que prima sus propias categorías de desarrollo como para causar incomodidad con otra versión que parece, a pesar de la denuncia de la teleología, exactamente eso⁶⁰. Ciertamente ha habido en el pasado más de un momento capitalista. Algunos de los elementos fundamentales de esta gran transformación estaban conectados con el Mediterráneo; otro no, porque, como Peter Brown ha resaltado de manera repetida, nunca llegaron a estarlo.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 690-692, 790-792.

⁵⁷ Avner Greif, «Building a State. Genoa's Rise and Fall», cap. 8 de *Institutions and the Path to the Modern Economy*, cit. (nota 24), pp. 217-268.

⁵⁸ Es decir, C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., pp. 690-692, frente a M. McCormick, *Origins of the European Economy*, cit. (nota 1), pp. 761-777.

⁵⁹ Aunque, de nuevo, con enormes peculiaridades de desarrollo que no deberían darse por supuestas ni pasarse por alto: Brenda D. Shaw, *At the Edge of the Corrupting Sea*, J. L. Myres Memorial Lecture, Oxford, 2006, en especial pp. 26-27, 30-32.

⁶⁰ Jack Goody, *Capitalism and Modernity. The Great Debate*, Londres, 2004 [ed. cast.: *Capitalismo y modernidad, el gran debate*, Barcelona, 2005]; *The Theft of History*, Cambridge, 2006, esp. caps. 1-3 y 11.

Además, como ha demostrado Michael McCormick –y otros estudios recientes han confirmado sus alegaciones (y hay otros en camino)–, el comercio de esclavos fue uno de los elementos fundamentales del sistema mar Negro-Mediterráneo que perduraron. Quizá sea extraño que Wickham niegue tan categóricamente su importancia⁶¹. Parte de la explicación tal vez radique en su extraordinaria devoción por los restos arqueológicos y su desprecio por las fuentes escritas como patrones significativos para conocer el comercio a gran escala⁶². Pero el comercio de esclavos no dejaba restos materiales como los que Wickham desea primar. En este sentido, era mortal pero silencioso. Como otros indicadores económicos de un sistema mediterráneo más amplio, el comercio de esclavos también retrocedió como respuesta a la demanda, pero después experimentó una recuperación inmediatamente antes de alimentar un nuevo mundo atlántico que sus mercaderes y exploradores marítimos estaban creando.

¡Desperiodizar!

Quizá lo más profundo de esta nueva obra sea que su precisa y exacta comparación y el análisis de las pruebas conocidas, incluso desde el ámbito de los ángulos de ataque escogidos, nos hablan de esta otra historia oculta del Mediterráneo. Si alguien cree todavía en una «Edad Media», mucho menos en una «Alta Edad Media», incluso a modo de conveniencia historiográfica, tras leer esta ponderación y disección de la enorme masa de datos pertinentes, probablemente haya muy poco que el reseñador pueda hacer para hacerle cambiar de opinión.

Reunidos en esta escala y detalle, lo que los datos demuestran por sí mismos es que el predominante modelo austro-alemán del siglo XIX sobre la evolución histórica, que aún predomina, es tan fundamentalmente defectuoso y es tan engañoso que seguramente habrá que abandonarlo. De este modo, una periodización estética y cultural de corte clásico –la civilización clásica evoluciona hacia la modernidad a través de una «Edad Media»– fue de algún modo transformada en un modelo histórico armado con la fase económica necesaria (el «feudalismo»). Los intentos de guardar las apariencias rehaciendo infinitamente la utilidad de las clases sociales y económicas, los modos de producción, la posición especial de la ciudad occidental y los orígenes del denominado feudalismo ya no funcionan. La monumental investigación de Wickham debería hacer que nuestra atención se dirigiese con más insistencia al problema de qué ocurrió realmente, a cuáles son las mejores categorías de análisis y a qué fuerzas específicas participaron en las transformaciones de los sistemas globales.

⁶¹ C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages*, cit., p. 696, n. 8, donde se reduce a una nota a pie de página.

⁶² *Ibid.*, pp. 693-700.

Todos los análisis sobre la creciente profusión de datos nos señalan, de manera urgente, la necesidad de abandonar las categorías obsoletas del periodo de formación de mitos sobre la historia que fue el siglo XIX, ya sean el de Freud sobre las secuencias de la mente y el espíritu, el de Le Play sobre la historia de la familia y el sentimiento, los de Tönnies, Simmel y Elias en la cultura, o los de Marx y Weber en la economía histórica⁶³. Todos ellos son versiones de la misma historia, calcados de una vulgar lógica evolutiva pensada para explicar la modernización. Primero ellos, ahora nosotros. Cada detalle y conclusión alcanzados en este enorme libro hablan tanto en contra de la periodización y el objetivo proclamados en el título que uno debe preguntarse si Chris Wickham está jugando con el lector cuando dice estar «encuadrando» [*framing*] la «Alta Edad Media». ¿Sugiere tal vez un uso que se encuentra más normalmente en Philip Marlowe y otros como él? El diccionario nos da una acepción coloquial del verbo *to frame*: tender a alguien una trampa para que caiga, o conspirar para que alguien o algo desaparezca. Eso espero.

⁶³ En respuesta preventiva a algunas críticas ya manifestadas: no estoy en absoluto sugiriendo que prescindamos de Marx (o de Weber, en igual medida) *tout court*; mis comentarios se limitan estrictamente a la adopción del modelo de historia lineal a modo de guión y a algunas de las premisas que conlleva.